

zos que haber dado semejante golpe; que se esforzaria en mantenerles su palabra más estrictamente que lo hiciera nunca con soldados para mostrar á todo el mundo que no tenia parte en lo que habia pasado en París (1). Los testimonios de indignacion fueron tan repetidos y solemnes que el conde Ludovico hizo á Carlos IX la afrenta de transmitirlos (2). «Ha dicho á muchos que no querria haber hecho una accion tan mala como la hecha por el rey de Francia.»

Esta manifestacion contra el acto de París supone, ó una susceptibilidad extrañamente intempestiva, ó una celosa rivalidad de perseguidor: el duque de Alba estaba envidioso de las grandes medidas adoptadas en la jornada de San Bartolomé, y resolvió mostrar á su vez lo que él sabia hacer. Desdeñando á Mons que abandonó á Noircarmes, escogió las tres ciudades de Malinas, Zutphen y Naardem.

En Mons, Noircarmes quemó dos burgueses, ahorcó seis, decapitó sesenta, desterró trescientos cincuenta: sus mujeres fueron arrojadas de la ciudad sin que se pudieran llevar nada más que sus hijos, sus bienes fueron confiscados casi sólo en provecho de Noircarmes, que ni siquiera pagó sus honorarios á los empleados puestos por él, á pesar de su servilismo en oficio tan odioso, decian estos, en medio de sus parientes y amigos (3).

Malinas fué entregada á los soldados españoles «para refrescarlos.» El duque se quedó en Parque-de-Malinas, complaciéndose en ver arruinar á la pobre ciudad por espacio de tres días enteros (4) y escribiendo con mucho sosiego á Felipe II la relacion de este acto de barbarie que él mismo se habia prometido hacia cosa de un mes (5): «Los soldados, decia, quedan al presente executando el castigo que evidentemente parece que Dios ha sido servido darles, que no devieron quedar bien castigados de lo pasado, ni juzgadas sus maldades, por las quales Dios ha permitido las hiciesen tan grandes que hayan avido menester aun mayor castigo del que tienen. Es muy necesario exemplo para todas las otras villas que se han de cobrar, porque no piensen que á cada una dellas sea menester yr el ejército de V. M. que sería un negocio infinito.» Algunos españoles advirtieron á Felipe que el ejemplo habria intimidado

(1) La Huguerye, tom. I, pág. 131.

(2) Ludovico á Carlos IX, colec. de Groen Van Prinsterer, t. IV, pág. 86.

(3) Com. R. hist. de Bélgica, tom. IV, de 1877, pág. 211 á 368.

(4) Mondoucet á Carlos IX (Ms. Reims, publ. Com. R. hist.)

(5) Corresp. de Felipe II, tom. II, pág. 283, del 2 oct. 1572.

tambien á las demás ciudades, procurando á la vez algun provecho al tesoro real, si se hubiera impuesto una contribucion de guerra, en vez de saquear la ciudad por espacio de tres días, sin respeto á los eclesiásticos y religiosos, ni á los miembros del Consejo, ni á la notaría real, ni á la casa del cardenal Granvela; pues no se hubiera hecho más en una ciudad turca, no habiendo dejado en ésta ni un clavo en la pared. Lo más triste, añadian, es el martirio y deshonor de las mujeres (6). Los pueblos inmediatos no fueron más respetados: los soldados se llevaron «hasta las ropas de los pobres,» y no respetaron siquiera los «cozones en que estaban las sagradas hostias y el precioso cuerpo de Nuestro Señor y Redentor» (7).

Despues de Malinas, Zutphen. Don Fadrique de Toledo entra en Zutphen y deja matar todo lo que vivia en la ciudad. Cuando se cansaron de matar sus fieros soldados, empujaban á las gentes al hielo para que murieran heladas; apenas un millar de fugitivos quedó á vida de los doce mil habitantes. Luégo incendiaron las casas (8).

Sin duda no consideró el duque de Alba este gran exterminio como una venganza reclamada por Dios, pues se guardó de transmitir sus detalles á Felipe II (9).

Ni le pareció tampoco ejemplo suficiente para restablecer su prestigio. Cuando, á la noticia de la destruccion de Zutphen, la vecina ciudad de Naardem envió sus llaves, Don Fadrique llevó la mano á su espada y contestó: Hé aquí las llaves de la ciudad. Y habiendo entrado en ella mataron hombres, mujeres y niños, que estaban en una iglesia esperando gracia porque no se habian resistido (10). Como en Zutphen, casi todos sus habitantes fueron pasados á cuchillo (11). No es una vana fórmula de escritor exagerado. Todo lo que habia en la ciudad ha perecido (12), dice con orgullo el duque de Alba. Los que huyen precipitándose desde lo alto de las murallas, son perseguidos por el campo, aprehendidos y colgados de los piés; y se pega fuego á las casas, luégo que se ha sacado lo que contenian. «El duque hace ahora arrasar la ciudad» (13).

(6) Corresp. de Felipe II, tom. II, pág. 299, Estéban Praets al rey, 30 de noviembre de 1572.

(7) Discurso del pillaje de Malinas.

(8) Bolet. Soc. R. de hist. Corresp. de Mondoucet, segun el Ms. de Reims.

(9) Corresp. de Felipe II, tom. II, pág. 294.

(10) Memorias anón., tom. I, pág. 138.

(11) Del Rio, Memorias, tom. I, pág. 48. «Nardenses dedentes

sese ad unum fere omnes necati, ipsum oppidum flamma exhaustum.»

(12) Corresp. de Felipe II, tom. II, pág. 300.

(13) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, pág. 34.

Semejante exterminio habria podido llenar de temor á los holandeses, y Alba creyó ya tenerlos dominados. Al contrario, acababa de demostrarles con sus crímenes la necesidad de la resistencia á los españoles (1).

V.—El duque de Medinaceli

Felipe II es absolutamente extraño á esta supresion de sus súbditos. Sus instrucciones no llevaban á semejantes consecuencias. Si no formuló una condenacion inmediata al saber semejantes procedimientos de gobierno, puede creerse que tomó desde luégo la resolucion de desembarazar á los Países Bajos de un hombre que no sabia gobernar sino destruyendo á sus gobernados. Puede creerse igualmente que Felipe ignoró al principio el número de las víctimas: para no sublevar la conciencia del rey con la enormidad de su número, parece ser que el duque de Alba tenia un cómplice tan cruel y más perverso que él en el cardenal Espinosa, que no dejaba traslucir las condenaciones. Felipe II echó de ver al fin que se le engañaba.—¡Mentís! le dijo al cardenal, que se murió de la sofocacion. «A la muerte del cardenal, hubo de descubrir el rey muchos secretos que el dicho prelado le habia tenido ocultos igualmente que á su Consejo» (2). Acaso los ignoraba tambien el mismo cardenal, que era tan negligente como trapacero, pues se hallaron á su muerte «infinidad de cartas recibidas de larga fecha, las cuales no estaban abiertas» (3).

El duque de Alba no habia ganado con la desaparicion de Espinosa: aún estaba sostenido en Madrid por su cuñado el prior Don Antonio de Toledo y por Zayas que le impiden que caiga de cabeza (4), escribe Saint-Gouard; pero si hubiera aquí algun rígido enemigo que me quisiera ayudar lo habria puesto en mal camino (5).

Este enemigo no estaba en Madrid, sino en Flandes. El duque de Medinaceli, el sucesor designado del duque de Alba, habia llegado allá en los momentos de la insurreccion. Su escuadra habia sido batida y dispersada por los *perdidos de mar*; cayó malo en Bruselas (6), mantúvose aparte, habló de una nueva amnistía y asistió al sitio de Mons sin mando (7). Esta si-

tuacion de un sustituyente que permanece al lado del sustituido, medio censor, medio consejero, fué tan torpemente inventada por Felipe II que á la llegada del nuevo duque le escribian ya (8): «V. M. me perdonará si soy muy curioso ó cuidadoso en esto, que como ordinariamente el pueblo es amigo de mudanza y que comunemente se adora más al sol que sale que al que se pone con otras circunstancias, parece (so humilde correccion) que sería posible (lo que todavía espero que no podría suceder) que los duques cayesen (aún contra su voluntad) en alguna emulacion que podría redundar (especialmente en este tiempo) en muy gran deservicio de V. M.»

El duque de Alba esperó agradar manifestando al principio benevolencia para con su rival. Medina, dice (9), es tan cabal que aún sin las especiales órdenes del rey, estaria yo con él en los mejores términos de amistad. Pero muy luégo hubo de observar que Medinaceli era irascible. No he visto en mi vida, decia ahora, hombre más violento ni desconfiado: está continuamente colérico. Despues de todas las dificultades y de todos los sinsabores que he tenido en este país, no me faltaba más que este azote (10). Los secretarios están muy en breve al corriente del conflicto: el del duque de Alba refiere los episodios al del rey (11); despues comienza las repriminaciones Medinaceli.—Desde que vine á este país, dice (12), he pasado por duras pruebas y he tenido ocasion de perder muchas veces la paciencia; sin embargo, he sabido tolerarlo y disimularlo todo. ¿Qué he venido á hacer aquí?—Enciérrese en Grave, adusto y amenazador. «Su permanencia allí da en qué pensar al duque de Alba; muchos creen que se ha ido, sólo por retirarse de su compañía y presencia» (13). De Grave pasa á Bois-le-Duc (14), luégo á Spa, donde pasa el verano siguiente. El duque de Alba comprendia que el sostenimiento de aquel vigilante ocioso y taciturno á su lado era el síntoma de la desgracia.—Soy hombre muerto, decia (15): muerto y todo, padezco. Bien entiendo que desagradan mis servicios.

(8) Doc. inéd. t. XXXVI, p. 86, Hopperus al rey, 28 junio 1572.

(9) Corresp. de Felipe II, tom. II, pág. 287, del 13 oct. 1572.

(10) *Ibid.* pág. 290, el duque de Alba al prior Don Antonio, del 5 de nov. de 1572, un mes escaso despues de la precedente.

(11) *Ibid.* pág. 291, del 6 nov., Albornoz á Zayas.

(12) Doc. inéd. tom. XXXVI, pág. 130, Medina al rey, 12 nov. de 1572. El duque de Medina Celi está en los Países Bajos desde ha cerca de un año; sigue allá en agosto de 1573 (*ibid.* p. 192) y no partió en nov. de 1572, como se ha creído.

(13) Corresp. de Mondoucet, carta á Carlos IX, del 2 dic. de 1572.

(14) Doc. inéd. tom. XXXVI, pág. 163.

(15) Corresp. de Felipe II, tom. II, pág. 308, Alba á Zayas, 23 de diciembre 1572.

(1) Memorias anónimas, tom. I, pág. 139.

(2) Bolet. soc. R. Mondoucet á Carlos IX, 29 set. 1572. La destruccion de Naardem fué justificada con una supuesta resistencia de los habitantes al ejército español.

(3) Ms. Bibl. nac. franc. 16104 pieza 78, Saint Gouard á Carlos IX.

(4) *Ibid.* pieza 58, Saint Gouard á Catalina.

(5) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Supl. pág. 27.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 94, del 20 junio 1572.

(7) Doc. inéd. tom. XXXVI, pág. 45 á 109.



Felipe II tomaba, en efecto, una decisión entre los dos duques (1), pero con misterio y sin saber todavía si aplicaría su misma decisión.

VI.—Descrédito de la política francesa

Retrasado en sus pensamientos homicidas, Carlos IX hizo que se expresara á Felipe II su despecho por los honores hechos á los defensores de Mons (2). Pero una vez que las cosas habian ya pasado de este modo y que todavía quedaban en su poder Genlis y sus adherentes, encomendaba mucho al duque no dejarlos por razon ninguna.

El duque de Alba no era de parecer (3) de cortar la cabeza á Genlis y demás franceses prisioneros; esto hubiera sido oportuno ántes de la muerte del almirante; pero ya todo habia cambiado. Hay interés en mantener en sus manos hombres que podrían en cierto momento suscitar turbulencias en Francia. No se debe escuchar tampoco á Carlos IX cuando ofrece restablecer la religion católica en Inglaterra, porque la reina Isabel tendría aviso de este concierto y no dejaría de favorecer á los rebeldes de los Países Bajos. Lo que no era parte para impedir que Felipe II diera mil escudos de provision á un supuesto príncipe irlandés que prometia organizar una insurreccion contra Isabel (4).

De este modo impele Carlos IX á España contra Inglaterra y procura casar á un hermano suyo con Isabel; quiere que el duque de Alba asesine á los prisioneros franceses, y acoge en su campo de la Rochela al bravo La Noue y demás hugonotes de la guarnicion de Mons. No se atreve á herir por sí mismo: ve el desprecio con que miran á los matadores del 24 de agosto los hombres de guerra franceses, y está asombrado de las objeciones que se alzan, no ya sólo á su alrededor, sino tambien en Alemania y Polonia; comprende la necesidad de desaprobando la matanza de San Bartolomé y vuelve á la política protestante, pero al mismo tiempo menudea los halagos á España. Su esposa Isabel de Austria, que todavía no ha hecho valer los méritos de la matanza, viene tardíamente á recordárselos á Felipe II, cuya sobrina y cuñada es, y á felicitarle en lengua española, con la pesadez de la chanza alemana (5), de la satis-

(1) *Corresp. de Felipe II*, p. 308. La carta de Requesens es del 30 de enero 1573.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 16104, f. 71, Saint Gouard á Carlos IX.

(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 287.

(4) Ms. Bibl. nac. 16105, fol. 2, Saint Gouard á Carlos IX.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1528, pieza 64.

faccion sentida por el rey de España al saber la nueva de la muerte del almirante «que yo bien pensé que no le pesaría á V. M.» La misma Catalina vuelve á tomar la pluma (6) para glorificar la toma de Mons «y el triunfo obtenido por el duque de Alba en vuestros negocios de Flandes, de lo que tenemos el mismo contento que si fuera cosa nuestra, y todavía hubiéramos querido que fuera más victorioso.»

Estos falsos cumplimientos, estos lazos y oscilaciones comenzaban á indignar á los holandeses. El conde Ludovico recordó rudamente á Carlos IX los verdaderos intereses de Francia y le dijo (7): Ya ve ahora V. M. al español vuestro mortal enemigo engordar con la ruina de vuestros intereses y reirse á mandíbulas batientes de vuestras desgracias. Por acá comienza la gente á disgustarse de la manera como se hacen en Francia las negociaciones, descubriendo que no se procede francamente sino con doblez y disimulacion, y notando en las cartas y palabras de V. M. tantas ficciones que no son para fiar, como las cartas que V. M. escribió despues de la herida del almirante diciendo que haría tan ejemplar justicia que quedaria de ello memoria para siempre, y á los dos días la hizo bastante mal.

VII.—Sitio de Haarlem

Tan receloso el duque de Alba como el conde Ludovico de esta actitud de Francia, quiso dominar rápidamente la insurreccion apoderándose de Haarlem y cortando así en dos trozos las provincias sublevadas. Algunos burgueses de Haarlem salieron á ofrecer su sumision; pero fueron aprehendidos por el capitán de la guardia burguesa Vibaldo Van Ripperda (8), que los mandó decapitar. La resistencia quedó resuelta. Don Fadrique de Toledo se presentó con el ejército español el 9 de diciembre de 1572 delante de los muros de Haarlem.

Estos muros existen todavía: están invadidos por las casas, por la vegetacion, pero aún permanecen como un recuerdo de las luchas por la patria.

Don Fadrique se apoderó el segundo día del fuerte de Sparendam que cubria la plaza y colgó de los pies á sus defensores á vista de los habitantes de Haarlem que presenciaron su lenta agonía. Este triste espectáculo sublevó el fanatismo de los sitiados y les inspiró el despre-

(6) Ms. Arch. nac. K. pieza 63, del 2 de oct. 1572.

(7) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Supl. pág. 81.

(8) *Ibid.* pág. 37.

cio de la muerte: el contagio llegó á los auxiliares alemanes y los trasformó hasta el punto de hacerlos combatir al arma blanca. Los españoles intentaron un asalto á los pocos días de su llegada (1); pero «sus amenazas no son sino una espuma del orgullo de Moab.» Al canto de los salmos, las mujeres mismas defendieron la brecha y mataron los mejores soldados de la vieja infantería, siendo preciso que el enemigo tocara retirada. Don Fadrique fué ménos desgraciado contra los que intentaban introducir socorros en la plaza. El conde de la Marck se presentó delante de las líneas con un ejército y «se portó tan bravamente que tuvo su caballo muerto, pero fué sólo seguido de los franceses que fueron casi todos acuchillados, de modo que los raitres y los peones alemanes se pusieron en fuga abandonando sus armas casi al ver al enemigo» (2). Algunos días despues, el pintor Antonio Olivier cuya cabeza estaba puesta á precio de cuatro mil carlos de oro por el Tribunal de Sangre, fué muerto con los marineros de Amsterdam que habia alistado para cortar los diques é inundar el ejército español (3).

Los sitiados no están, sin embargo, reducidos á sus solos recursos: los patinadores se deslizan de noche por el hielo, trayendo canastas de harina y pólvora: las mujeres, sobre todo, se muestran impertérritas en estas correrías al través de las avanzadas españolas. Don Fadrique renuncia á tomar la plaza por hambre y ordena un nuevo asalto, que es tambien rechazado.

Este golpe hiere en el corazón al duque de Alba. Dos meses hace que estos burgueses se defienden contra un ejército regular de treinta mil hombres, el mejor ejército que ha tenido España desde San Quintín. El terreno es defendido «palmo á palmo;» no hay tres oficiales superiores sin heridas. «Digo y afirmo á vuestra Majestad que no he visto jamás una plaza tan bien defendida. Su ingeniero hace maravillas increíbles» (4). Esta admiracion del duque no deja de ser dolorosa. «Todas estas cosas apenan tanto al duque, dice el francés Mondoucet que lo observa sin benevolencia (5), que ha caído enfermo, tanto de su gota como de un catarro que le ataca los pulmones y le causa una tos molesta.» ¿Es verdaderamente un descalabro? ¿Será preciso pasar por la humillacion

(1) El 21 de diciembre.

(2) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, pág. 37.

(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 356. Véase tambien Altmeijer, *Una sucursal del Tribunal de Sangre*, pág. 65 á 68.

(4) *Ibid.* pág. 311.

(5) *Corresp. de Mondoucet*, carta del 12 febr. 1573.

de levantar el sitio?—¡Plega á Dios que salgamos en bien! exclama el duque (6); pero por decir la verdad á V. M. no sino estoy muy en cuidado, cuando veo el número de los que combaten en la ciudad, de los que caen enfermos en nuestro campo y de los que lo abandonan. Pero hay una cosa más enojosa aún, la priesa que se dan en enviar dinero al príncipe de Orange. En verdad es para perder el seso. ¿Cómo así? Topan con mil dificultades para pagar las ayudas debidas á V. M. y envían sin contar á ese rebelde sus bienes y sus vidas!»

Los holandeses quieren más bien sacrificar todas sus riquezas que pagar el impuesto de la décima; aún en las provincias sumisas es rechazado siempre este impuesto. «siendo de gran extrañeza ver que no hay pobre rebelde que no se esfuerce en equipar cuando no sea más que un esquife para dañar á su rey, y de los que quieren ser del rango de los buenos y leales súbditos de S. M. no hay uno solo que haga mínima cosa para asistir al rey contra los rebeldes» (7).

Sobre estas subvenciones voluntarias, toma el príncipe de Orange las que le envía en secreto el rey de Francia y las que recoge en Inglaterra el señor Taffin, ántes de estas turbulencias receptor de S. M. en el cuartel de Motte-aux-Bois. «Recoge grande ayuda de dinero de los de Inglaterra y de otros de la religion allá residentes» (8). El príncipe arma una escuadra para llevar víveres á Haarlem. El deshuelo ha llegado y los patines no pueden ya servir. Algunos hombres los corren todavia con un saco de pólvora á cuestas y una larga pértiga de que se valen para saltar los canales (9). Pero los víveres comienzan á escasear, despues de cuatro meses de sitio, y ya en abril tienen que reducirse los sitiados á comer pan de avena (10). Cinco mil españoles de refuerzo procedentes de Italia llegan en estos momentos en doce compañías del tercio de Lombardía, y trece del tercio de Don Lope de Figueroa (11); son necesarios porque «el duque de Alba desprecia á los alemanes por no ser gente de guerra ni buenos más que para la ruina de un país y llevarse su dinero» (12).

La pusilanimidad de estos auxiliares obligaba á los españoles á hacer todos los servicios de alerta y estaban muy fatigados. Ellos mis-

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 312.

(7) *Ibid.* pág. 325, el duque al Consejo de Estado.

(8) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 136.

(9) Mendoza, *Comentarios*, pág. 489.

(10) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 327, Don Fadrique al duque, del 9 abril de 1573.

(11) Mendoza.

(12) *Corresp. de Mondoucet*, carta del 31 de marzo de 1573.